LUIS VALLS TABERNER

LUIS VALLS TABERNER[1]

Luis Valls Taberner viene al mundo en Barcelona el año 1926. Coincide con el ecuador de la Dictadura de Primo de Rivera, que acaba de terminar victoriosamente la guerra de Marruecos. Nace en una familia de la alta burguesía catalana. Su tío abuelo Domingo Taberner, aunque no tuvo hijos, aparece como el fundador de una dinastía: hombre de gran talento e iniciativa convierte en positivos los balances de todos los negocios en que interviene. Su abuelo Isidro Valls ha sido senador. Su bisabuelo Esteban Valls ha fundado una fábrica de tejidos y tiene un hermano, Isidro, que llega a obispo de Gerona y otro, José, que enseña Derecho en la Universidad.

El padre es Fernando Valls Taberner, el mayor de diez hermanos, a quien su posición familiar le permite cualquier elección: el saber, las finanzas o la política. No renunciaría a ningún camino, pero su vocación dominante es el estudio. Desde 1913 es archivero, y desde 1922 catedrático de Universidad. En 1928 viaja a la Rusia estalinista y revela sus negativas impresiones –«la nefasta y horrible obra del bolchevismo», «el monstruo soviético»– en trece artículos luego recogidos en volumen (1985). En 1929 llega a un puesto central de la cultura catalana, el de director del Archivo de la Corona de Aragón. Cuando nace el sexto de sus hijos, Luis, ya ha publicado su clásica *Historia de Catalunya*, y decenas de monografías sobre las instituciones catalanas medievales. Es un hogar con muchos libros al que llegan estudiantes y estudiosos, y donde el padre transcribe y analiza viejos documentos inéditos. Es un varón de notable estatura, cabeza romana y ojos claros, padre de ocho hijos, que en familia pierde su seriedad profesoral y muestra la sonrisa bien humorada y una afectuosa sencillez.

[1] Esta semblanza fue escrita por Gonzalo Fernández de la Mora, en el año 2000 para el libro "Los Banqueros en el siglo XX", un proyecto de Fundes que finalmente no llegó a editarse.

Cae la Dictadura, y Femando Valls, que la había combatido, intensifica una actividad política hasta entonces marginal. Había sido diputado provincial por el distrito de Manresa-Berga en 1921. En 1930 hace campaña en favor de la *Lliga* que preside Cambó y es elegido diputado provincial. Los textos, entre febrero y agosto, de declaraciones, artículos y discursos, son recogidos en el opúsculo *Paraules del moment* (Octubre 1930). Postula la «solidaridad hispánica», se presenta como «españolista dentro del catalanismo» que quiere «colaborar a la grandeza de España», definida como «unidad territorial y moral de la que Cataluña forma parte».

Luis Valls cursa estudios primarios en una institución docente regentada por jesuitas; pero, expulsados por la República, se presentan como seglares para esquivar la persecución. Para el matrimonio Valls, la educación religiosa de sus hijos era cuestión primordial. Es el Instituto Comercial de la Inmaculada, apoyado por un grupo de familias católicas. Luis cumple diez años cuando su padre es uno de los 12 diputados que logra la *Lliga* en 1936 (Cambó pierde su escaño y se considera derrotado). Fernando asiste a las dramáticas sesiones del Congreso, le sorprende en Madrid el asesinato por Guardias de Asalto del jefe de la oposición, José Calvo Sotelo, y se apresura a regresar a Cataluña. Luis está en Cardedeu veraneando con su madre y sus hermanos. El 19 de julio llega su padre. Ya ha estallado la guerra civil y en la región se han desatado persecuciones y la anarquía: quema de conventos, incendio de hoteles de lujo, etc. El adolescente no es ajeno a la tensión que aquellos días se vive en su casa. Susurros, ires y venires angustiosos, preparativos clandestinos. En la mañana del 9 de agosto, Fernando Valls hace subir a su familia a dos automóviles y, sin equipaje, se trasladan en tren al puerto de Barcelona. No visitaron su domicilio ya amenazado. Ha conseguido un salvoconducto que les permite pasar los controles. En el muelle hay un antiguo transporte italiano de tropas, utilizado en la campaña de Etiopía, que ha arribado para recoger a gentes que huyen. Valls ha obtenido los pasajes y, asiduo viajero, tiene su pasaporte en regla, por lo que puede embarcar con su familia. Eficaz tramitación de una emigración improvisada y difíci1. Apenas se habla a bordo. Recelos ante posibles delatores. Un alivio general cuando el buque, con todas las plazas ocupadas, zarpa rumbo a Génova. Luis no hace amigos durante la navegación, a pesar de que hay pasajeros adolescentes, casi todos catalanes. Cada uno sólo piensa en huir del terror.

Expatriados, fatigados y sin patrimonio, pero a salvo. En Génova, acogida cordial y generosa: son considerados como refugiados políticos. Italia abre sus brazos a los que escapan de la zona roja. Los católicos italianos se movilizan y Fernando Valls con sus hijos varones se hospeda en la abadía de San Giuliano, luego destruida por la guerra, su esposa e hijas van

a un convento de monjas. Luis asiste a las clases en italiano, fácilmente comprensibles. Los Valls viven con una gran austeridad; pero hay que buscar una posición más estable, y el primero de octubre, mientras Franco es elevado a la jefatura del Estado y a Generalísimo, Fernando Valls se instala en las dependencias de la Academia de España en Roma, que se ha sumado al Alzamiento y la controla el gobierno de Burgos. Aprovecha para trabajar en el archivo vaticano hasta que, en abril de 1937, es nombrado archivero y bibliotecario en Córdoba.

Se repatrían en el navío italiano «Vulcania» que hace escala en Gibraltar, y son inmediatamente acogidos por la familia Ortiz de León y Primo de Rivera, hasta entonces desconocida, que generosamente les ofrece el piso bajo de su residencia, el que utilizaban en verano. Es una mansión típica andaluza con su patio, ya engalanado de primaverales verdores. Se lucha en todos los frentes con victorias de quienes, según Gil-Robles, constituían «la media España que no quiere morir». Luis y sus hermanos son inscritos en el colegio Cultura Española de los hermanos de La Salle. Su padre, además de ocuparse del Museo y del archivo cordobeses, enseña alemán en el Instituto. La etapa andaluza, se prolonga casi un par de años. En septiembre de 1937 Fernando Valls es enviado en misión cultural a Hispanoamérica (zarpa el 2 de octubre de Lisboa) en compañía del catedrático Ibáñez Martín, que luego sería ministro de Educación, del escritor Eugenio Montes, del jesuita Francisco Peiró, y otros que se van incorporando. La misión regresó a España el 26 de febrero de 1938 e inmediatamente fue recibida por Franco. Había visitado Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Perú con gran éxito, incluso llenando estadios como el de Santiago de Chile.

En enero de 1939 se libera Cataluña y los Valls se aproximan a su tierra, mientras su padre dicta conferencias al otro lado del Atlántico, y se trasladan a Logroño. Estudian en el colegio San José de los maristas.

A su regreso de Hispanoamérica Valls publica su más importante libro de doctrina política, *Reafirmación espiritual de España* (1939), donde recoge textos de su misión trasatlántica, artículos en la prensa de Córdoba, una conferencia en la Universidad de verano de Santander en plena guerra civil, y colaboraciones periodísticas a raíz de la liberación de Barcelona. En el prólogo presenta esta obra como «contribución a la difusión de ideas en pro del Movimiento Nacional acaudillado por nuestro egregio Jefe de Estado, el generalísimo Franco, capitán y conductor de España». En Buenos Aires (octubre 1938) había calificado a la contienda de «guerra religiosa y patriótica, gran Cruzada nacional por la defensa de la causa de Dios y de España».

Tan pronto como se libera Barcelona, en 1939, Valls es reintegrado a la dirección del Archivo de la Corona de Aragón, es elegido presidente del Ateneo, de la Academia de Buenas Letras, y de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País. Es la figura más destacada de la intelectualidad catalana.

La familia vuelve a su domicilio en la calle Diagonal. Todo ha sido maltratado por los ocupantes: en los suelos de madera hay huellas de haberse encendido fuego. Lo valioso ha sido robado, el archivo y las notas han desaparecido, probablemente quemados para cocinar. Se salvan libros, ahora donados a la biblioteca de la Universidad de Navarra.

Luis retorna al colegio barcelonés de los jesuitas donde cursa el bachillerato con excelentes calificaciones. Es el noble edificio de la calle Caspe con medio millar de alumnos, incautado, como todo el patrimonio español de la Compañía, por la II República que lo clausuró. Este cierre gubernativo fue la causa de que la iglesia no fuera destruida como casi todas las demás en la Barcelona roja. Franco devolvió los bienes a los jesuitas en uno de sus primeros actos de gobierno. Luis tiene trece años. Estalla la II guerra mundial. Su niñez ha transcurrido en una España convulsa; ahora, la terrible crisis europea. Miembro de una familia social y culturalmente privilegiada, ha podido pasar, felizmente la dramática prueba histórica. Las duras experiencias han contribuido a formar un carácter: no hay premio sin esfuerzo, no hay progreso nacional sin sacrificios. El horror frentepopulista ha sido superado, el Nuevo Estado inicia una etapa de paz y desarrollo mientras arde el continente.

En 1942, Fernando Valls alcanza la ilusión de su vida, ser nombrado catedrático de Historia en la Universidad de Barcelona. Es designado director de una filial barcelonesa del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado por Franco en 1939. Pero ya está seriamente enfermo y fallece en octubre de ese año, con sólo 54 años de edad. El entierro fue una gran manifestación de duelo, en la que figuraba lo más representativo de la intelectualidad catalana. Luis tiene 16 años, y recibe la noticia con dolor y sin la madura conciencia con que asistiría, destrozado, al fallecimiento de su madre veinte años más tarde. La gran figura patriarcal ha desaparecido y los hijos han de enfrentarse con la vida. El mayor, Félix, se hace cargo de la administración familiar.

Estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Buenas notas, alguna matrícula. En ningún momento ha pensado Luis en continuar la tarea historiográfica de su padre. Le interesan los problemas vitales del presente y las gentes vivas. Las barcelonesas le consideran muy atractivo. Su hermano Javier, el benjamín de la familia, cuenta que Luis

tenía una predilecta que ahora es abuela feliz. Era una aristócrata esbelta y de largos cabellos castaños.

Un compañero de curso, algo mayor, Jorge Maciá Masbagá, uno de los primeros miembros del Opus Dei, llevaba a Luis en su potente moto BMW a jugar a *hockey* sobre hierba y, una tarde, a una reunión de la Obra, asociación de la que tenía noticias, pero no apologéticas, a través de sus profesores jesuitas.

Aumentaron los contactos y, en la Semana Santa de 1945, Luis Valls, que ha cumplido 19 años, toma la firme decisión de ingresar en el joven instituto. En la familia había habido vocaciones. Sus padres eran católicos activos, y la madre lo comprendió. Todo va a cambiar en la vida de un varón que aún tenía muy cerca la adolescencia; ya todo sería visto *sub specie aeternitatis*. Se inicia una vida religiosa intensa: sacramentos, dirección espiritual, meditación diaria, retiros periódicos, apostolado. Junto a los estudios universitarios, los de teología dogmática y disciplinas conexas, que ya nunca se interrumpirían. El joven se hace más distante de lo mundanal sin perder en humanidad. Adiós a las frivolidades, hasta lo trivial adquiere una dimensión trascendente. A pesar de las invariadas apariencias, ya nada será lo mismo.

Ingreso en la milicia universitaria. Los veranos de campamento con excelente puntuación, y nombramiento de alférez de complemento de Infantería. El buen puesto en el escalafón le permite elegir destino: los seis meses reglamentarios en el regimiento mixto de Tarragona. Frecuentes escapadas a la casa materna. Valls conserva un grato recuerdo de sus relaciones con la milicia, donde se robustece su sentido de la disciplina y de la austeridad, y se familiariza con los valores morales del soldado. Pero ya no es sólo medio militar, sino también medio monje.

Para doctorarse se traslada a Madrid. Una habitación en el Colegio Mayor de la Moncloa. Horas de estudio en las bibliotecas universitarias, y una tesis sobre la cesión de contratos que merece la más alta calificación y los honores de una edición. Pero Luis Valls se inclina por las finanzas y le adoptan como ayudante de la cátedra de Economía de la Complutense, cuyo titular es José María Zumalacárregui, descendiente directo del general carlista y conde de Zumalacárregui. Es una figura clave para la orientación de su disciplina en España porque, frente al historicismo hasta entonces hegemónico, preconiza los métodos matemáticos; será el tema de su importante discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Discípulos del maestro ocuparían cátedras y contribuirían a la creación en 1944 de la Facultad de Ciencias Políticas y

Económicas. El propio Franco intervino ante el gobierno alemán para que, desde el frente ruso, viniera a Madrid von Stakelberg para impulsar la nueva Facultad, que sería factor decisivo en el desarrollo español. De Valls depende una treintena de alumnos: seminarios, exámenes y ejercicios prácticos.

José María Albareda, cuya autoridad es decisiva en el CSIC, nombra a Luis Valls jefe adjunto de publicaciones, lo que equivale a encomendarle la dirección de una importante empresa editorial. Allí trabajaría hasta 1956. Entonces se inicia la impresión de los cinco volúmenes de las Obras selectas de Fernando Valls Taberner, casi todas de difícil localización por estar agotadas o dispersas en revistas, algunas extranjeras. Aunque todavía inmerso en el mundo académico, Luis Valls opta por el financiero, que tenía tantos precedentes familiares, y cifra sus ilusiones no en la industria, sino en la banca. Parece una pretensión excesiva para quien carece de fortuna personal.

En 1952 inicia las gestiones para acceder a la alta finanza. Un primer intento son las negociaciones con el conde de Ruiseñada para adquirir el Banco Atlántico; pero no se llega a ningún acuerdo a causa del precio exigido, catorce millones. Luego piensa en fundar una nueva Caja de Ahorros en Madrid; pero la legislación es muy estricta y no permite incrementar el número desde una iniciativa particular. Entonces Valls se orienta hacia el Banco Popular que preside Félix Millet Maristany, primo hermano de su madre y donde es consejero el hermano de su madre, Pedro Arnó Maristany, hijo de naviero. Las conversaciones con Millet, a iniciativa de éste, se inician en mayo de 1953. Millet, que cuenta con su hermano Salvador en el Consejo, tenía entonces una posición accionaria significativa en el Banco Popular, pero subordinada a una deuda. Millet poseía importantes negocios de seguros que se vieron negativamente afectados por el fin de la guerra mundial, y cometió el error de comprar a sus socios, a crédito, la totalidad de la Compañía Hispano Americana de Seguros y Reaseguros. Se vio obligado a liquidar.

Valls empezó a buscar inversores que adquirieran las acciones de Millet y de otros consejeros del Popular hasta reunir un 10% del capital. Estas operaciones iban dando lugar a la sustitución de los antiguos consejeros por amigos catalanes de la familia de Luis: Ribalta, Soldevila, Buixó, Serra; también el valenciano Miralles. Fue un proceso delicado porque no contaba con la aprobación de la mayoría de los consejeros, y existía un gran competidor en potencia, el Banco Central, interesado en adquirir el Popular. Cuando ese grupo de accionistas superó el 10% del capital social, propuso a Luis Valls como vicepresidente ejecutivo. También le apoyaron

antiguos grandes accionistas como Gancedo. Era el año 1957; la operación había durado tres años. En ese momento, Valls sólo poseía una cantidad meramente simbólica de acciones, eran sus amigos los que habían desinvertido sus carteras para adquirir acciones del Popular y apoyar al prometedor joven.

Previamente, Félix Millet, en dificultades económicas, hubo de dimitir como presidente. A propuesta del Consejo Regional del Banco en Cataluña, donde estaba el hermano mayor, Félix Valls, se nombró, en 1953 consejero y en 1956 presidente a Fernando Camacho, un abogado de prestigio que había sido subsecretario de Hacienda. En 1954 se nombra consejero delegado a Mariano Navarro Rubio que en 1957 sería ministro de Hacienda.

Toda la operación estuvo a punto de frustrarse cuando el vicepresidente Juan Castellanos llegó a adquirir acciones por valor de un 10% del Banco en Bolsa y hubo que pactar con él abonándole una prima. El importe total de la transacción fue de unos 25 millones para lo que los amigos de Valls hubieron de aportar más fondos y nuevos inversores.

Cuando en enero de 1957 Valls accede a la vicepresidencia ejecutiva encuentra un Consejo dividido, y su primera preocupación es establecer la unidad a cuyo efecto culmina su reorganización. Luego, normaliza los criterios internos suprimiendo la concesión de créditos a los consejeros para operaciones en el mercado de valores. Como consecuencia de la reorganización, el pasivo del Banco aumenta en un 40% durante el primer año de gestión. Al fallecimiento de Fernando Camacho en 1972, el Consejo propone por unanimidad a Valls como Presidente.

En una primera fase de expansión, adquiere participaciones muy mayoritarias en entidades que acabarían constituyendo los Bancos de Andalucía, Castilla, Baleares, Galicia y Vasconia que nunca perderían su peculiaridad y autonomía.

En 1962 se había inaugurado la nueva sede central en la madrileña calle de Alcalá 26, hasta su traslado a la nueva en Velázquez 34, inaugurada en 1979. En este edificio, brillante realización arquitectónica, ni siquiera figura el rótulo del Banco, verdadero record de discreción.

Los Gobiernos de Franco habían mantenido distancias con el gran capital y nunca renunciaron expresamente al programa falangista de nacionalización de la banca. Con la creación del INI en 1939, el Estado acabó convirtiéndose en el primer empresario industrial del país. Fueron gobiernos

de Franco los que implantaron el llamado Estado de bienestar con la Seguridad Social generalizada. Y una ley de 1946 prohibió a los Bancos que distribuyeran dividendos superiores al 6% del capital y reservas. Los excedentes generados le dieron alta fiabilidad y solvencia a la banca española. Esta y otras medidas, esencialmente «socialistas», así como la nacionalización del Banco de España, cernían una amenaza sobre el sistema financiero privado. En 1960 Franco dijo a sus ministros que no descartaba la nacionalización bancaria. En esta coyuntura, Luis Valls desglosó e integró los Bancos filiales en cinco sociedades financieras de nueva creación, denominadas Popularinsas, cuyo destino era sustraer a dichas pequeñas entidades de una eventual nacionalización de la gran banca. Al cabo de unos años, desaparecido el peligro, en 1987, se canjearon las acciones de Popularinsa por acciones del Popular. Cuando el gobierno socialista de González inauguró la etapa más capitalista de toda la historia económica de España, los Bancos filiales consolidaban sus balances con el Popular como un sólo sujeto fiscal y financiero.

Las cifras globales son reveladoras de la gestión de un presidente, el más duradero de toda la Banca española, que ha visto cesar a decenas de colegas. En 1956, los beneficios líquidos del Banco ascendían a 50 millones de pesetas, el capital desembolsado a 150 millones, y las reservas a 125 millones. En 1999, esas cifras se elevaban respectivamente a 77.500, 18.500 y 250.000 millones[2].

En el año 2000 la sindicatura de accionistas es titular del 10'51 % de las acciones del Banco. En la última Junta General, el Consejo de Administración, entre acciones propias y representadas, contaba con el 43'41 % del capital del Banco que ahora consta de 221 millones de acciones con un valor nominal de medio euro cada una.

Como un eco de su juvenil actividad académica, Valls, con Pedro Toledo, presidente del Banco de Vizcaya, dictó en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander una conferencia, *Cómo hacer Banca en Europa*, que definía su actitud ante la globalización de los mercados. Allí se manifestó a favor de la libertad de establecimiento bancario y de las alianzas interbancarias en vez de fusiones, e insistió en su criterio de minimizar riesgos y de mantener la personalidad e independencia del Popular aunque fuera perdiendo posiciones relativas en el ranking de la dimensión bancaria. En esa lección abundan las imágenes y los ejemplos que caracterizan la producción periodística de Valls, a veces escrita en ingeniosa clave para estímulo de los intérpretes.

[2] En 2004, año de la retirada de don Luis Valls, el beneficio neto fue de 888 millones de euros; 113,7 millones el capital desembolsado y las reservas alcanzaron la cifra de 1.910 millones de euros.

Conocí a Luis Valls Taberner hace poco menos de medio siglo cuando ambos íbamos por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas e iniciábamos lo que, con helénica metáfora, podría denominarse nuestra primera navegación. Creo que nos presentó aquel gran corazón de señor andaluz que era Florentino Pérez Embid. Fui secretario de la sindicatura del Banco Popular desde 1960 y consejero desde 1963. Quizás no sea, pues, demasiado temerario que me atreva a trazar un perfil desde dentro.

Luis es un católico, pero no uno de tantos; es un católico total. Entiende la vida terrenal como un transito para ganar méritos a fin de alcanzar un grado alto de bienaventuranza eterna. Por eso, la moral no es para él ni un uso social, ni un imperativo racional; es un precepto trascendente que no se cumple por las apariencias, ni coaccionado, sino en conciencia. Y la conducta ha de ser plenamente consecuente con las firmes creencias: de esta raíz nacen todos los rasgos éticos del personaje.

Es algo más que un hombre honesto, incapaz de tomar algo que no sea legítima y absolutamente suyo; es un banquero con voto de pobreza. Por eso, no puede contaminarse con la materia de su industria, que es el dinero, y posee una perspectiva independiente, elevada y objetiva sobre su negocio. Éste es uno de los motivos de que el Popular no sea una entidad especulativa donde se arriesga el capital de los accionistas para obtener eventuales plusvalías; es un Banco tradicional, aunque ya infrecuente, donde los beneficios proceden del previsible diferencial entre lo que se abona a depositantes y lo que se cobra a titulares de créditos. Es imposible imaginar a este hombre poniendo en peligro los ahorros ajenos para operaciones de riesgo, y no tanto por prudencia cuanto por dictado moral. Su Banco ha sido durante años el más rentable del mundo y continúa entre los primeros. De él puede esperarse seguridad y dividendos, no expectativas de «pelotazos»; tampoco quiebra. Quizás por eso, en tiempos de ingeniería especulativa, las acciones del Popular son las de Per más bajo de la banca española y las menos aptas para agiotistas; son casi un bono del Tesoro, pero que se revaloriza. La cuadratura del círculo inversor. Por eso, el famoso analista norteamericano G. Walden, en su obra *The 100 best stocks in the World* (1990), sólo incluía una acción española, la del Popular. Y «Euromoney», en su número de diciembre de 1990, situaba al Popular como el primero del ranking mundial.

Luis Valls no tiene detractores en la gran banca, no sólo porque todos le han formulado propuestas de fusión, sino porque su proceder con los colegas ha sido siempre impecable. Y ¿por qué ha rechazado esas proposiciones? Para defender los legítimos intereses de los accionistas. En el Banco más rentable la fusión con otro menos rentable acarrearía una

reducción de los dividendos. Para el ambicioso de poder financiero la dimensión puede ser un atractivo personal; pero no para el administrador prudente y fiel. Entre gigantes bancarios, la relativa modestia de Valls (el Popular vale en Bolsa bastante más de un billón de pesetas) se acompaña de un *summum* de respetabilidad.

En este hombre la honestidad es un mínimo del que arranca la austeridad. La casa donde vive Luis Valls es monacal. El automóvil blindado y los escoltas no son un lujo, sino una dura penitencia. Su expansión es el deporte, principalmente el tenis y el squash, incluso después de cumplir los setenta años. El lema antiguo *Mens sana in corpore sano* no es una apelación suntuaria, es una doble disciplina.

Hay un mecenazgo quizás vanidoso que inmortaliza un nombre en una Fundación o en un Museo. No es seguro que sus promotores sientan una identificación íntima con pensadores o artistas. Luis Valls ha nacido en el hogar de un intelectual, y ha respirado desde niño respeto a las artes y a las ideas. Sus despachos están tapizados de libros que lee. No es un investigador, ni un prosista; pero los comprende no como instrumentos más o menos decorativos, sino como valores en sí. Creó la Fundación Hispánica que ha hecho posible que se escriban algunos de los libros de filosofía más importantes de la España del último tercio del siglo XX. Pero, además, la Fundación se ha concentrado en el objetivo social de la igualdad de oportunidades mediante la concesión de becas de estudios. La Fundación se nutre del porcentaje de los beneficios que los Estatutos del Banco Popular conceden a los consejeros y que estos ceden en su totalidad a la Fundación. El Consejo del Popular es el único de la Banca mundial cuyos miembros no perciben dieta ni participación; pero todos asumen la alta responsabilidad personal y económica que les atribuyen las leyes.

En Luis Valls hay un punto de ironía que para algunos resulta turbadora. Se equivocarían los que creyeran que es una astucia para la ambigüedad porque Valls nunca miente. Tampoco es una actitud superficial porque Valls se toma hasta los detalles en serio. Tampoco es evasión de lo real porque Valls tiene el realismo del comerciante mediterráneo. Es distanciamiento de las cosas, no por soberbia, sino a causa de una concepción trascendente de la vida. *Sub specie aeternitatis*, todo lo terrenal adquiere dimensiones modestas.

¿Hay en ese alejamiento un punto de desinterés? Creo que hay serenidad, y buen sentido, el famoso seny de su tierra. Es ante las decisiones impor-

tantes cuando Valls parece menos preocupado y comprometido. Pero las toma a tiempo, fríamente, con la cabeza, sobre los datos, por encima de cualquier presión emocional. ¿Es que, como preceptuaban los estoicos, ha erradicado los sentimientos y se ha convertido en un *logos* puro? No creo que haya conseguido ese ideal del sabio griego. Es lealísimo a sus amistades, no es feliz cuando decide un relevo o una sanción, muestra agradecimientos y generosidades, rinde culto a los vínculos familiares. Todo eso se genera en el área sentimental. Autodominado; pero no impasible.

Como no es infrecuente entre estadistas y hombres de negocios, Valls es un intuitivo. Toma buena nota de datos, opiniones e informes; pero sus decisiones no responden a deducciones lógicas, ni a cálculos de ordenador, sino a una especie de iluminación íntima que se asemeja a un instinto. El raciocinio permanece en el fondo casi invisible y deja paso a la intuición, a veces desconcertante para interlocutores y subordinados. Luego, los hechos demuestran que ha acertado. Lo que de irracional tienen la existencia humana y el dinamismo económico es captado desde un sexto sentido, en parte congénito y, en parte, sedimento de una larga y densa experiencia bancaria.

Valls ha nacido en Cataluña de padres catalanes en un hogar donde se hablaba y escribía la lengua materna de Verdaguer y d'Ors. Con los coterráneos y familiares sigue hablándola sin el menor énfasis y sin voluntad de diferenciación. Ama a la tierra de sus mayores y de su juventud. Pero es tan catalanista como Fernando V de Aragón que fue Fernando de Castilla y, sobre todo, Rey Católico de las Españas. Ese catalanismo español ha sido habitual en Cataluña, salvo insignificantes minorías, hasta que la II Restauración abrió el proceso de las subastas nacionalistas o autonómicas y, en algunos casos, independentistas. Respecto a su región, Valls permanece en la tradición de su padre, gran catalán y gran español. En regionalismo no está a la moda porque es un clásico.

También de su padre ha recibido el sentido de la Historia y de la tradición o sufragio de los siglos. En el Banco y en la vida, su lema no ha sido la ruptura, sino la continuidad perfectiva. Ni siquiera en su juventud fue protagonista de revoluciones, sino de evoluciones; no de cambios por el cambio, sino de cambios a mejor. A los 31 años llega a asumir una de las mayores responsabilidades financieras de España y ha demostrado que ya entonces era un precoz espíritu maduro.

Hay en todo esto un cierto elitismo, un menosprecio de los valores vulgares como la popularidad. Se ha situado en la línea de los dirigentes que no aspiran a ser fotografiados, ni a figurar en el elenco periodístico de los

llamados «famosos». Ha superado las tentaciones de una época mediática. Es cierto que fue propietario del diario *Madrid*; pero tuvo tal deseo de no intervenir en él que acabó perdiéndolo por confiar totalmente en otros. Le acusaría de prodigalidad, no de vanidad.

Valls ha sido miembro del Consejo Privado del Conde de Barcelona, pocos años antes de que tal institución fuera disuelta por Don Juan de Borbón. El monarquismo de Valls, desinteresado y en cierto modo apolítico, es una herencia sentimental de su padre y de su entorno familiar. No sólo no ha deseado el poder del Estado, sino que lo ha rehuido cuando lo ha tenido próximo. No ha discriminado a los partidos a la hora de otorgar créditos: igualdad de oportunidades. Incluso ha tenido una debilidad afectiva hacia el líder sindical del sector ideológicamente más izquierdista. Sorpresa para los que desconocen la independencia y la humanidad del banquero.

Valls tiene un talante liberal que no es adscripción al liberalismo como ideología relativista, sino tolerancia hacia otras posiciones sostenidas de buena fe. Es contrario a coaccionar las mentes mediante la imposición de los apriorismos de una supuesta «corrección» partidista. No responde a la caricatura del puritano. Hombre comprensivo y abierto, dispuesto siempre a interpretar favorablemente al que discrepa y a perdonar flaquezas. Nunca autoritario, siempre dialogante y cortés. Es, en suma, un liberal, no en el politizado sentido decimonónico, sino en el ético de nuestro Cervantes. Pero, sobre todo, es un liberal en economía, un defensor del libre mercado y muy reticente con los intervencionismos estatales.

Hay en Valls una intimidad que merece absoluto respeto; pero en su vida de banquero no hay misterio alguno. El Popular ha ganado premios de transparencia: todo pueden averiguarlo el analista, el accionista o el simplemente curioso. No existe más caja que la blanca. Y el sin precedentes «Repertorio de temas» expone al gran público todos los incidentes sucedidos durante el año en la empresa. A los inspectores del Banco de España, Valls les suele pedir que se queden para ayudarle a que nadie haga un mal movimiento. Cuando Valls pidió mi modesta colaboración en 1956, le pregunté cuál era su norma de conducta y me contestó: «No decir, ni escribir, ni hacer nada que no pueda ser publicado al día siguiente en los periódicos». Creo que nunca ha dejado de atenerse a tal criterio, que si de algo peca es de radicalidad.

Para situar espiritualmente a este banquero hay que saber que dedica más horas a rezar que a hacer números; pero que en su Banco no se mueve un millón sin que él sepa a dónde va.

Hoy, el Popular no es un Banco a cuya presidencia ha tenido la suerte de llegar Luis Valls Taberner, es un Banco que tiene como uno de sus principales activos a un Presidente que jamás amparará una acción no ya deshonesta, sino simplemente peligrosa. Él es una partida muy difícil de cuantificar; pero muy importante en un negocio donde la confianza de los depositantes y de los accionistas es decisiva.

Un banquero atípico en un Banco típico, paradoja probablemente irrepetible, y también privilegiado activo de una institución que es timbre de honor del sistema financiero español.

Cuando la implacable cronología arroja hacia las postrimerías de la vida, y cuando la propia biografía colmada sitúa ya por encima de cualquier ambición, no debía resistirme por soberbia a escribir algunas verdades sobre un hombre irreductible al halago y que siempre ha estado por encima de las vanidades del mundo. No es que mi pluma, siempre crítica, acaso demasiado, se haya tornado pródiga a última hora, es que debo ser fiel a lo que he visto y oído durante décadas de estrecho trato. Simplemente se me ha pedido un testimonio y, modestamente, lo doy. Ni menos, ni más.

Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA

Gonzalo Fernández de la Mora

Gonzalo Fernández de la Mora y Mon nació en Barcelona el 30 de abril de 1924 y cursó en la Universidad de Madrid las carreras de Filosofía y Letras y Derecho, licenciándose en ambas en 1945 con premio extraordinario. Con 23 años ingresa por oposición en la carrera diplomática. En 1956 es nombrado miembro del Consejo Privado del Conde de Barcelona, en 1969 Subsecretario de Asuntos Exteriores y en 1970 Ministro de Obras Públicas.

Miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas desde 1972, funda la revista de pensamiento Razón Española en 1983. Su gran talla intelectual ha quedado patente en su obra. Como escritor, publicó 22 libros, 14 opúsculos y 116 estudios, entre los que sobresalen *"El crepúsculo de las ideologías"* (1965), "Pensamiento español" (7 volúmenes, 1964-1970), *"La envidia igualitaria"* (1984) y *"Sobre la felicidad"*. Fue Premio Nacional de Literatura (1961) y Premio Espejo de España (1995) por su obra autobiográfica *"Río arriba"*. Como diplomático fue Subsecretario de Asuntos Exteriores y Director de la Escuela Diplomática. También desarrolló una intensa actividad periodística como colaborador y editorialista del diario ABC. Recibió los premios Mariano de Cavia, Luca de Tena y Julio Camba.

Desde 1963 hasta su fallecimiento, el 10 de febrero de 2002, fue miembro del Consejo de Administración del Banco Popular. Durante más de 37 años tuvo ocasión de colaborar en el gobierno del Banco, donde puso de manifiesto además de sus extraordinarias cualidades intelectuales, su lealtad y apoyo a Luis Valls.

Impreso por Timber Press en Madrid. Febrero 2007